

Las bocas de sangre

Copiamos a continuación o relato de Ricardo Conde Salgado “Las bocas de sangre”,
reproducido pola *Revista Gallega* da Coruña.

Contidos:

- *Revista Gallega*, nº 302, 30 de decembro de 1900, p. 3-4.



CONSELLO DA CULTURA GALEGA
Arquivo da Emigración Galega

Rúa Galeras, 13 / 15705 Santiago de Compostela / A Coruña
Tel: +34 981 557351 / Fax: +34 981 582985 /
aemigracion@consellodacultura.org

LAS BOCAS DE SANGRE

Leyenda Gallega

A derecha mano del camino de herradura que de la pintoresca villa de Ares conduce á la de Mugarodos, y como á la distancia de un cuarto de legua, encuéntrase medio ocultas entre las zarzas y matorrales que berdean la falta de una colina, ciertas bocas ó agujeros abiertos al nivel del suelo, que el vulgo de suyo crédulo y sencillo, denomina “As Bocas de Sangre” con muchísima seriedad y prosopeya.

Dado como es nuestro pueblo; profundo creyente y aficionado á consejos y fantásticos cuentos, nada tiene de extraño aquella denominación, pero sepamos ahora la causa de ellos si podemos, que causa bien ó mal fundada ha de tener, como todo lo de este mundo.

Cuentan los vecinos de los arredoedores que todas las noches, si bien con más ó menos intensidad, salen por aquellas bocas tales y tan extraños ruidos, que quien los escuchare, no siendo sordo se entiende, poco le resta vivir, ó algo muy gordo ha de sucederle durante un corto período de tiempo, que no pasa de un año, según aseguran las viejas “sabias” de aquellos andurriales.

Esto en lo que toca á los efetos, en cuanto á la causa de tales ruidos, héla aquí tal y como la hemos oido en aquella misma comarca, sentados al amor de la lumbre y trasegando á sorbos un poco de “jarabe” de la tierra, mientras el lúgubre quejido de los pinares y el bramido airado del Cantábrico venían á estrellar sus fuerzas contra las paredes de la casa en una velada de iniverno.

I

Corría el último cuarto del siglo catorce, de aquel siglo de esclavitud, feudalismo y vasallaje para el infeliz pechero, de gloria, de orgullo y ambición para el señor castellano.

Éralo de aquellos dominios un poderoso de la casa de andrade, cuyas derruidas torres divísanse aún en la cima de una colina, no lejos de Puentedeme.

Tenía este Andrade á su servicio como escudero, un mozo llamado Fortun, natural de aquellos lugares, el cual, con sus veinticinco años, una buena cara y mejor cuerpo á cuestas, y además el privilegio de acompañar á la caza y á la guerra á tan poderoso amo, andaba que se bebía los vientos tras de una rapaza de la aldea, que María se llamaba, tan rubia como una espiga de oro y tan sencillota y casta como una azucena de los campos.

Bonita como era la villana y gracioso y gentil como el escudero lo era, hicieron un pan como unas hostias; es decir, casáronse, y como apéndice del casamiento tuvieron hijos, por supuesto, que buena memoria tenían y no echaban en saco roto lo que se debían de casados.

Pero el demonio, que por algo lo es, metió la pata en el asunto, y no diré los cuernos, pues estos adornos habíanselos prestado ya tiempo había al buen Fortun, á ruegos de su esposa, aunque sin saberlo éste.

Conque ahora, vean ustedes si es para renegar hasta de la bendición nupcial, que tantas maldiciones puede traer sobre nosotros como peso sobre nuestras frentes; ahí es nada lo del ojo el matrimoniarse así de golpe y porrazo: diré ¡guarda Pablo! Y sigo mi cuento.

II

Que había lujo en aquellos tiempos como en los nuestros eso está sabido, porque María, á vuelta de acariciar la idea de cambiar el sayal por el terciopelo y los aros por las arracadas de brillantes, fue infiel á su marido, que no lo merecía.

Quien la perdiera y obligara á faltar á sus deberes de esposa y madre, llamábase D. Fernando Pérez de Soto, quien tenía deudo con el Andrade, y servíale de capitán de lanza en tiempo de zalagarda, siendo el mayordomo de la casa en épocas de tranquilidad, que malhay eran pocas ellas.

Nada sabía el pobre escudero de lo que todo el mundo no ignoraba, ciego y enamorado como lo estaba más que nunca de la hermosa mitad que le tocara en suerte; pero como al fin todo se sabe y nunca falta una persona oficiosa que nos diga lo que de mal agüero sea, supo el infeliz marido por boca de una vieja vecina, lo que ocurría, y quedó como ustedes se quedarían en tal caso, estupefacto y casi muerto de puro desconsolado y sorprendido.

Hombre al fin, y de briós, dióse á disimular sus padeceres, con tal de verificar la fidelidad ó barraganería de su mujer.

III

Una noche, después del toque de queda, aprovechando la ausencia del señor del castillo, descolgóse al foso de uno de los torreones, ganó la opuesta orilla, y tomó como el viento, ribera arriba el camino de Ares.

Llegó á la casa donde moraba la compañera de su ivda, á paso cauteloso por no ser sentido, llorando amargamente el fiel escudero su destino, que le traía en aquellas hora convertido en nocturno espía de sus propios tesoros.

Pegado á la puerta como sombra, estaría una hora, cuando á poco abrióse aquella con cautela, permitiéndole así ocultarse, y salió un bulto negro que, parándose al lado de afuera, dijo con recato: Adios, mi hermosa María: cuida que nada sepa tu esposo, y confía en mí, que pronto te daré mi nombre y mis haciendas, amada mía —Presto quedarás libre del villano que te llama suya, y dejarás la cabaña por la almena del castillo señorial. —¡Ay señor, contestóle ella, solo mi amor por vos y el fruto de él que en las entrañas llevo, me animan á seguiros, que mi buen marido no mereciera semajante pago; pero os amo, señor, y á donde quisieréis, iré. María, alma de mi alma, adios. —Adios mi don Fernan, repitióle la aldeana, y un doble beso fue á dar en los oídos de Fortun como un eco de muerte.

IV

Siguió el caballero andando en procura del caballo que allá entre unos jarales dejara, y de súbito oyóse casi simultáneamente el silbido de un venablo y un ¡Dios me valga! que, cortando el silencio de la noche, perdiéronse para siempre á lo lejos ente los escarpados peñascos de la costa.

Era Fortun, que apareciendo de repete al lado del moribundo don Fernan, clavóle tres veces su daga en el corazón, y arrastrando el cadáver hasta el borde de las bocas que hemos mencionado antes, arrojóle por una de ellas, sepultando así en el causante de su deshonra el secreto de su crimen.

Regresando inmediatamente á su cas, golpea como acostumbraba, y la adúltera, que si extraña la hora de la llegada de su marido, no así su turbación y desasosiego, corre á él, pero al abrazarle para encubrir mejor su delito, recibe en el corazón la hoja vengadora del puñal del ofendido esposo, que hasta el pomo le clava.

Loco, ciego y delirante, corre Fortun con el cuerpo inanimado de su esposa, llega á las orillas del pozo fatal, y la destinada á compartir con él las horas de us existencia, cae desplomada á la sima por la propia mano que un día la condujera ante las gradas del altar, temblorosa y estremiéndose de placer y de ventura.

V

Al día siguiente comentábase de mil modos la desaparición del escudero en los patios del castillo de Andrade, y la del capitán, periente de éste, por la servidumbre de la casa.

De igual modo decíanse mil cuentos y marañas de Fortun y de María en las cercanías de Ares. Quien decía que Fortun había muerto al capitán, huyendo en seguida tierra adentro; quien que éste desapareciera con la mujer de aquel, siguiéndoles el ofendido esposo; quien... pero nada; lo cierto es que de tantas invenciones y novelorías como circulaban, ninguna deba en lo cierto, cosa que sucede casi siempre.

Mas al poco andar de esto comenzóse á despejar la incógnita. Fue el caso que, saliendo cierto día á caza la gente de Andrade, entre la cual había dos sobrinos del infortunado D. Fernan, encontrándose éstos moribundos á las márgenes de un arroyo, á la hora del regreso, razón por la que, acomodados como venían á su estado, fueron conducidos á la fortaleza.

Púdose ver á la llegada que uno de los dos había fallecido; pero el otro, menos herido ó con más espíritu, dijo que Fortun el escudero, apareciendo de repente entre unas brañas, habiáles sorprendido y puesto en aquel estado, jurando que la infamia del caballero D. Fernan, pagárla habían aquellos cuyas venas circulase alguna de su sangre, hasta la cuarta generación; acabó de hablar el herido, y dio el último suspiro.

Ancho surco de sangre, lágrimas y luto, doquier pasaban, marcaba las huellas de la temida banda de malechores, cuyo jefe parécenos escusado decir era el mismo Fortun, tan honrado y querido tiempo atrás, como ahora criminal y aborrecido.

Súpolo el castellano de Andrade, y reunió un buen golpe de arqueros y de lanzas, con el objeto de apresar y privar de su correrías de exterminio al antiguo vasallo y escudero; pero éste, práctico como hijo de la tierra, en todos los rodeos y encrucijadas que ofrece aquel país bellissimo, conocido hoy bajo el nombre de “Mariñas de Betanzos”, burlábase del poderoso señor de horca y cuchillo, su amo de antes, y rpoceía cada vez más ciego y desatinado su carrera de muerte y devastación.

Tarde ó temprano, empero, recibe el malvado condigno castigo á sus delitos. Después de varios años de vida aventurerera y vagabunda, manchada por toda clase de infamias

y execrables acciones, fue batida completamente la banda de Fortun entre la villa de Puente deume y la de Ares, cerca del pueblecito de pescadores que se llama Redes en nuestros días.

VI

Batido y derrotado pudo el sanguinario capitán escapar á uña de caballo de la gente del de Andrade, pero al llegar cerca de las bocas que tanto le recordaban, vio del lado opuesto al que traía nueva gente armada dispuesta á cortarle el paso.

Con este imprevisto accidente consideróse perdido el desdichado Fortun; contemplándose ya columpiado de una almena de la torre de los Andrades, decidió morir antes de entregarse, y resuelto, así les habló á sus enemigos.

“Muchos sois para darme muerte, pero no lo lograréis, pues no me falta valor para dármela por mi propia mano. Honrado como vosotros he sido, más una traidora mujer, honra, dicha y tranquilidad me robó con su cariño. Aquí está sepultada con su amante, que yo les proporcioné este lecho hace años, dijo señalando á los horribles agujeros. Así, pues, adios, amigos míos, y decid á los que vengan, que Fortun, aún después de muerto, vino á turbar el sueño de la adúltera y del ladrón de su preciada joya”. Concluyó de hablar, y con grande asombro de sus perseguidores, precipitó su caballo y desapareció con él por el oscuro antro, que desde entonces rodeó de supersticioso terror la imaginación del pueblo gallego, amante como el primero de tradiciones, encantos y consejas.

VII

Puede ser, y es lo más probable, que las voces y maldiciones que dicen los sencillos labriegos salen algunas noches tormentosas de las “Bocas d’o Sangre”, sea el eco subterráneo de las reompientes de la costa, que por condiciones ó circunstancias favorables á la acústica, se lleguen á percibir claramente, aplicando el oído á los agujeros abiertos en el suelo, hoy casi cegados por completo; pero si esto decís y os escuchan, una sonrisa de incredulidad compasiva, ó una exclamación de asombro por vuestro aventurado juicio, será lo que recibiréis por todo asentimiento.

VIII

No os complace ver tan profundamente arraigadas en la conciencia del pueblo ideas tan absurdas, que el continuo golpe de los siglos no ha podido todavía derrumbar; pero si diremos con franqueza, aunque se nos tache de xagerados y pasionistas: —¡dichoso el pueblo gallego que en su leyendas, apariciones y fantásticos relatos mezcla siempre la religión con lo supersticioso, la honradez con el crimen aborrecido y el santo amor á la tierra natal, el amor de la patria amada, en sus historias de sangre, de amores y de glorias! Pueblo que así discurre, podrá no ser ilustrado, pero si muy virtuoso!

RICARDO CONDE SALGADO